(10

CORREGIR AL QUE YERRA.

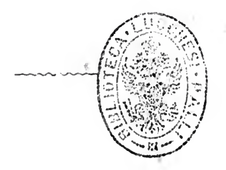
COMEDIA EN UN ACTO

ORIGINAL Y EN VERSO,

DE

DON ENRIQUE GASPAR.

Representada con aplauso en el teatro Principal de Valencia, la noche del 18 de febrero de 1860.



MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1860.

AL SEÑOR D. SEBASTIAN MONLEON,

CABALLERO DE LA REAL Y DISTINGUIDA ÓRDEN DE CÁRLOS III.

En prueba de su adhesion y respeto.

SU AFECTISIMO.

Enrique Gaspar.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARTA...............	DOÑA MATILDE BAGÁ.
RAMON..............	D. MANUEL PASTRANA.
CÁRLOS.............	D. FIDEL LOPEZ.
UN CRIADO..........	N. APARICIO.

ACTO ÚNICO.

Sala elegantemente amueblada. Puertas laterales y al foro. En primer término de la derecha una chimenea encendida, y junto á esta una mesa velador con servicio de café.

ESCENA PRIMERA.

MARTA y RAMON, tomando el desayuno: este absorto en la lectura de varios periódicos del dia.

MAR. Se enfria el café, Ramon.
RAM. No, mujer, si está abrasando.
MAR. Di, ¿dónde estuviste anoche?
RAM. ¿Dónde estuve? En el teatro.
MAR. Yo sola en casa te estuve
hasta las doce esperando,
y en vista de tu tardanza...
RAM. No, si vine muy temprano...
Cuando yo llegué, el sereno
cantaba las doce y cuarto;
con que ya ves...
MAR. No es verdad.
RAM. ¿Es decir que miento?
MAR. Claro.
RAM. ¡Mujer!...
MAR. Á las dos en punto

diste el primer aldabazo.
Esta conducta, Ramon,
me está haciendo mucho daño.
Parece que huyes de mí,
que te cansan mis halagos.
En todo muestras placer
menos en tenerme al lado.
El café, los amigotes,
las tertulias, los teatros,
las partidas de ajedrez
y otras cosas que me callo,
tienen para tí, Ramon,
mas bellezas, mas encantos
que el amor de una mujer
que es tuya desde hace un año.

RAM. Quien te escuche supondrá
que yo soy un ente extraño,
á quien señalan las gentes
lo mismo que á un bicho raro.
Dime, ¿has visto algun marido
que lo sea mas de un año,
que vaya con su mujer
colgada siempre del brazo,
remolcándola asi, á guisa
de vapor averiado?
Eso pase en un novicio;
pero yo, tú estás soñando:
fuera ridículo, Marta,
ridículo en alto grado.

MAR. Es decir que mis caricias
son para tí...

RAM. Vamos, vamos:
dejemos esta cuestion
y no tengamos mal rato.

MAR. Infame, infame, ¿asi premias
mis desvelos, mis cuidados?
Merecias que te odiase;
pero no sé, ¡te amo tanto!
Solo vivo para tí;
ya lo ves, yo no te engaño:
estar contigo es mi afan,
tenerte siempre á mi lado.

RAM. Pues ese contigo eterno
está conmigo acabando;
porque es tanta tu pasion
y el amor que te he inspirado,
que en la calle, en los paseos,
en tertulias, en teatros,
en casa y hasta en la mesa
delante de los criados,
si almuerzas, contigo almuerzo;
si sales, contigo salgo;
si en una tienda te paras,
contigo tambien me paro;
contigo juego si juegas;
si bailas, contigo bailo;
y un tan eterno contigo
es contigo un doble estrago
para el pobre que á vivir
contigo está condenado.

MAR. (Llorando.)
¡Infame! Todos lo mismo.

RAM. (¡Adios! ya tenemos llanto.)
¿Quieres caricias? Pues bien,
en dos instantes acabo
de leer esta sesion
y te llamo rosa, nardo,
amapola, enredadera,
capuchina ..

MAR. Calla, ingrato.

RAM. (De fijo un par de pendientes
me cuesta su desenfado.)
¿Quieres reclusion? Pues sea.

MAR. ¿No sales hoy?

RAM. Hoy no salgo.
Vá á llover y no habrá un alma
en el casino.

MAR. ¡Malvado!
Tu amabilidad conmigo
siempre viene de rechazo.

RAM. Imposible es que en el mundo
exista un génio mas raro. (Con acritud.)

CRIADO. (Saliendo.)
Señorito, esta tarjeta

para usted me han entregado. (Dándosela.)

RAM. (Tomándola.)
¿Quién será el impertinente?
¡Qué veo! Mi primo Cárlos:
que pase al punto. Verás
(Váse el Criado.)
que teniente tan bizarro.

MAR. No, no quiero que tu primo
me encuentre triste y llorando.

RAM. ¿Te vas?

MAR. Pronto volveré.

RAM. Adios, nena.

MAR. Adios, ingrato. (Váse.)

ESCENA II.

RAMON y CÁRLOS, con uniforme.

CAR. Con tu permiso ó sin él
aqui me tienes, Ramon.

RAM. Dame un abrazo.

CAR. Un millon.
¿Qué tal, marido novel?
Buena pieza, ya he sabido
que tu eleccion fué excelente.

RAM. ¿Con que teniente?

CAR. Teniente.
¿Con que marido?

RAM. Marido.

CAR. La mujer es un gran censo;
mas me paso á tus banderas.
Me caso, chico.

RAM. ¿De veras?

CAR. Apenas tome el ascenso.

RAM. Equivocaste la ruta.
¿Sabes lo que vas á hacer?
¿Tú piensas que una mujer
se instruye como un recluta?
Esa conducta no cuadra
con hombres algo instruidos:
solo son buenos maridos...

CAR. ¿Quiénes?

RAM. Los cabos de escuadra.
Sé egoista alguna vez.
¡No te caia mal terno!
Solamente á un subalterno
se le ocurre tal saodez.
CAR. Pero me admira, señor,
que diga tal un marido.
RAM. Es que estoy arrepentido
y rezo el yo pecador.
El corazon no me late
cuando recuerdo aquel dia...
ningun hombre de valia
comete tal disparate.
Bonaparte, y á mi ver
es argumento inconcuso,
supo resistir al ruso
y no pudo á su mujer.
CAR. Esta cuestion no merece
que asi, chico, te desbordes.
¿Qué hacer? No estamos acordes...
cada cual siga en sus trece.
RAM. Es cierto, con tal teson
fuera vano todo ardid.
Y ¿á qué has venido á Madrid?
CAR. Me vengo de guarnicion.
Tras no pocos sinsabores,
permutar he conseguido
por el siempre distinguido
batallon de cazadores.
No sabes con cuánto anhelo,
te lo digo francamenre,
ansiaba yo ser teniente...
RAM. Si, de un batallon modelo;
pero que vistos de lejos
maniobrar acostados
parecen, mas que soldados,
un batallon de cangrejos.
CAR. Me he de reir ó enfadar:
es tu génio tan adusto...
RAM. Y qué tal, ¿es de tu gusto
la carrera militar?
CAR. Es, si el humor no nos tasan,

el non plus de las carreras.
¡Si vieras, Ramon, si vieras
qué buenos ratos se pasan!
Lista, guardia semanal;
y por todo sacrificio
un par de horas de ejercicio
y una revista mensual.
Comer, dormir, pasear,
divertirse y no hacer nada;
aqui tienes compendiada
la vida del militar.

RAM. Si estás tan desocupado
te aburrirás; ya me explico
por qué tantas ganas, chico,
tienes de tomar estado.
Confiésalo de una vez:
sé franco, pese al demonio,
tú miras el matrimonio
como un juego de ajedrez.

CAR. Pero dime algo de tí:
¿qué ha sido desde tu union?
porque en la conversacion
solo te acuerdas de mí.

RAM. Mi vida falta en percances
siempre por demas ha sido;
mas desde que estoy uncido
¡tiene ya tan pocos lances!...
¡Ay!... mi ilusion engañosa
me hizo soñar algun dia
con un amor de poesia
y vi un estanque de prosa.
Comer, dormir, vegetar
como en la selva el arbusto ..
Si pudiera, ¡con qué gusto
me habia de descasar!...

CAR. ¿Pero sufres?

RAM. Yo sufrir...

CAR. Tu patrimonio...

RAM. Es inmenso.

CAR. Pero no piensas...

RAM. No pienso;
ya no sé ni discurrir.

CAR. Casi atónito te escucho.
¿Con que eres rico?
RAM. Muy rico.
CAR. ¿Jóven tambien?
RAM. Casi un chico.
CAR. ¿Tu mujer te quiere?
RAM. Mucho.
CAR. ¿Tú la adoras?
RAM. Con delirio.
CAR. ¿No es cerril?
RAM. Es un talento.
CAR. Y es vuestra vida...
RAM. Un tormento.
CAR. Y vuestro amor...
RAM. Un martirio.
CAR. Pues es tu suegra á mi ver
de tu dicha el solo peso.
RAM. Á tenerla, majadero,
¿cargara con mi mujer?
CAR. Pues no te entiendo.
RAM. Ya ves,
soy feliz en cierto grado;
mas desde que estoy casado
todo me sale al revés.
Di al teatro una tragedia:
¡qué gran versificacion!
suponíase la accion
en tiempos de la edad media.
Laureles soñé alcanzar.
CAR. ¿Y te valió alguna cosa?
RAM. La silba mas espantosa
que te puedes figurar.
Cuando salian los moros...
no salieron mas que cuatro,
pues se convirtió el teatro
en una plaza de toros.
¡Y la prensa, qué insultante!...
Dijo que el drama silbado,
sin duda estaba inspirado
por la musa de Cascante.
¿Se ha visto igual felonia?
¡Comparar mis dulces versos

con los rancios y perversos
de Lizarbe y compañia!...
Tamaña comparacion,
casi en un brete me puso.
Desde entonces ya no uso
mas que mistos de carton.

CAR. Dime, ¿eres celoso?

RAM. ¡Cielos!
Yo celoso, ¡qué discurso!
si no me queda el recurso
siquiera de tener celos.

CAR. Feliz habias de ser
y de condicion cambiaras,
si á tener celos llegaras
un dia de tu mujer.

RAM. Pero dime, por favor,
ya que mi bien me aconsejas,
¿á quién dirijo mis quejas?
¿Al lacayo, al aguador?...

CAR. Es una ocurrencia cuca. (Riendo.)

RAM. Todos muy bien se conducen.
Mis visitas se reducen
á un promotor con peluca.
Ya lo ves, no existe medio
de correccion.

CAR. Como gustes.

RAM. ¡Ah!

CAR. ¿Qué es ello?

RAM. No te asustes,
que ya dí con el remedio.
¡Qué idea tan prodigiosa!

CAR. (Será alguna necedad.) (Ap.)

RAM. Carlitos, ten la bondad
de hacer el oso á mi esposa.

CAR. ¿Pero estás loco?

RAM. Suprimo,
y advertirte creo en vano,
que aunque primo muy cercano
no me la juegues de primo.

CAR. Tus pensamientos, Ramon,
te juro que son nocivos;
¿y si pierdo los estribos?

RAM. Tú sujétate al arzon.
CAR. Pero, ¿y se muestra esquiva?
RAM. Tú mantente hecho una fragua.
Aqui viene; pecho al agua,
seductor... en perspectiva.

ESCENA III.

DICHOS y MARTA.

CAR. (Es un lance original) (Ap.)
RAM. (Ap. á Cárlos.)
(Sobre todo mucho mimo.)
Te presento á nuestro primo
don Cárlos de Sandoval.
MAR. ¡Cárlos!
CAR. ¡Marta!
MAR. ¿Usted aqui?
RAM. (Vamos, ya estan en su centro.)
MAR. ¡Jesus qué casual encuentro!
RAM. ¿Con que os conociais?
MAR. Si.
Lo menos seis años há.
CAR. (¡Y se ha puesto mas bonita!)
MAR. Don Cárlos era visita
de mi difunta mamá.
CAR. ¿Murió?
RAM. Del cólera morbo.
MAR. ¡Pobre mamá!
CAR. ¡Qué tristura!
RAM. (Pues, señor, se me figura
que estoy sirviendo de estorbo.)
Cárlos, vas á dispensar
que te deje aqui con Marta.
CAR. ¿Te vas?
RAM. Si, tengo una carta
urgente que contestar.
Volveré sin dilacion.
(Sobre todo el mimo, el mimo.)
(Ap. á Cárlos.)
(¡Qué bueno es tener un primo
que sepa su obligacion!) (Váse.)

ESCENA IV.

MARTA, CÁRLOS y RAMON, al paño.

CAR. (Me deja solo, adelante.)
MAR. Cárlos, ha hecho usted carrera.
CAR. No gran cosa; ya debiera
ser lo menos comandante.
Pícara intriga, el embrollo
es el arma mas potente...
señora... á mi edad teniente.
MAR. Á su edad, y es usté un pollo.
CAR. (Mal principio: ¿á que hago punto?)
En efecto, la edad, pues...
RAM. Maldito, no des trapies
y vé derecho al asunto.
CAR. ¿Y Joaquin?
MAR. Casó con Julia.
CAR. ¿Con su primita? Me alegro.
Siempre era el blanco, no, el negro
de nuestra amena tertulia.
Y usted tan bonita y tan...
MAR. Mil gracias. (Es muy atento.)
RAM. Este chico es un portento,
merece ser capitan.
CAR. (Apechugo, ¡qué demonio,
en ello nada aventuro!)
¿Sabe usted que me figuro
que la prueba el matrimonio?
Á Ramon es á quien veo
transformado enteramente.
MAR. ¿De veras?
CAR. Sí, francamente,
me ha parecido mas feo.
RAM. ¡Ah, traidor!
CAR. Dispense usté;
mas mi franqueza me escuda:
está mi primo, no hay duda,
hecho todo un *chimpancé*.
MAR. ¡Qué rigor!
CAR. (Tomemos turno.)

Está mas bajo y rechoncho.

RAM. Y él parece con el poncho
un vigilante nocturno.

MAR. Vaya, usted se precipita.

CAR. Me precipito en buen hora;
mas no merece, señora,
una mujer tan bonita.

MAR. Advertirle es mi deber,
por si lo echa usté en olvido,
que Ramon es mi marido.

CAR. Porque es usted su mujer.
(Mal desenlace barrunto.)
Pero no obstante, en rigor...

MAR. Hágame usted el favor
de no hablar mas de este asunto
(Pausa.)

RAM. (Y ceja: por fin rindióse.)
Acaba, ya que empezaste.

CAR. (Pues señor, he dado al traste
con mi empresa. Tose, tose.)
(Ramon tose.)
¡Pero qué tiempo!
(Grandes pausas.)

MAR. Infernal.

CAR. ¡Vaya un frio!

MAR. Estamos yertos.

CAR. ¿Y los teatros?

MAR. Desiertos.

CAR. ¿Y los paseos?

MAR. Muy mal.

CAR. ¿Toca usté el piano?

MAR. Ramon.

CAR. Pues yo no sé lo que es pauta
y deliro por la flauta.

RAM. Pues tocas mucho el violon.
Me estoy consumiendo aquí.

CAR. Mire usted qué lindo sable...

RAM Esto ya es inaguantable.
Hombre, no vá bien asi.
(Bajando á la escena.)

ESCENA V.

DICHOS, RAMON, en escena.

MAR. ¿Qué, qué es ello?
RAM. Nada, no.
Hablaba con el criado:
es un torpe.
MAR. ¿Quién, Porico?
RAM. Si, señora, un mentecato.
MAR. ¿Y qué ha hecho?
RAM. No lo sé,
pero estoy desesperado.
Mira, Marta, véte adentro
un instante, un solo rato,
que tengo que hablar á solas
con nuestro querido Cárlos.
CAR. (¡Ay! me llama su querido.)
MAR. (¡Dios mio, si habrá escuchado!) (Váse.)

ESCENA VI.

RAMON, CÁRLOS.

RAM. Jamás ví tamaño insulto;
fué sin duda un devaneo.
Llamar en sus barbas feo
á todo un jurisconsulto!
Y no es eso, ya se vé,
lo que tanto me exaspera,
sino que á mas, por contera,
se me llama *chimpancé*.
¡Quién te dijera, Ramon,
que algun dia á tu memoria
te dedicara en su historia
una página Buffon!
CAR. Mas recuerda nuestro pacto.
RAM. Si, pacto que no has cumplido;
mas si me he de ver corrido,
francamente, me retracto.
CAR. Pero escúchame por fin.

¿Crees justo que á tu mujer
la vaya yo á hacer creer
que es su esposo un serafin?
¿Cómo curarte, Ramon,
de esas sandeces de niño?
¿Cómo inculcarte un cariño
que alimenta el corazon?
Otra salida no veo.

RAM. Pero aguza tu discurso.
¿No te queda otro recurso
mas que el de llamarme feo?
Á mi mujer ¡voto á san!
dile cosas y que pene;
mas que no crea que tiene
un marido orangutan.
Dáme celos; ya se vé,
si es todo cuanto deseo;
pero no me llames feo
y tras feo *chimpancé*.

CAR. Me dá risa cuanto dices.
Eres un escritorzuelo
que no ves, pobre tontuelo,
mas allá de tus narices.
No pasas de dramaturgo.

RAM. Pero sé mi obligacion.
Yo me acuesto con Solon
y despierto con Licurgo.

CAR. Licurgo, Solon, no sé;
pero es igual, adelante.

RAM. Y que un hombre semejante
me llame á mí un *chimpancé*.
Darme celos él de Marta,
un hombre que sabe apenas
quién fué el arconte de Atenas
ni quien dió leyes á Esparta.

CAR. ¿Con que te avienes, sí ó no?

RAM. Si, me avengo á tu deseo.

CAR. ¿Pero y si te llamo feo?

RAM. Si lo eres tú mas que yo.
En fin, sí, por todo arrostro.

CAR. Con que soy mas... ¡qué jactancia!

RAM. La fealdad de la ignorancia

es peor que la del rostro.
Mas, silencio, mi mujer.

ESCENA VII.

DICHOS, MARTA.

MAR. Si estorbo...
RAM. Hemos acabado.
MAR. Dejé por aqui el bordado
y lo vengo á recoger.
CAR. Héle aqui.
(Tomándolo del velador y dándoselo á Marta.)
MAR. Gracias.
RAM. (Ramon,
es tu situacion muy crítica:
recurriré á la política
por via de distraccion.)
(Se sienta leyendo un periódico.)
CAR. (El campo libre me deja;
por lo visto se ha propuesto...)
MAR. Ramon, ¿te será molesto
el tenerme esta madeja?
(Acercándose á Ramon con una madeja en la mano.)
RAM. Si, muy molesto, pardiez.
CAR Yo mismo.
(Marta y Cárlos se sientan al lado opuesto de Ramon.)
RAM. (Ap.) (¡Qué inaguantable!)
MAR. (Ap. á Cárlos)
(¡Qué marido tan amable!)
CAR., (Empecemos de una vez.)
(Me vá usted á permitir
que aun insista ..) (Ap. á Marta.)
MAR. (Calle usté,
todo oculta lo escuché;
ayúdeme usté á fingir.)
CAR. (Es chistosa la comedia;
Mas no sé por qué presiento
que vá á tomar incremento
y á convertirse en tragedia.)
MAR. (Dispenso mi impertinencia

y haga usted ese favor.
Procuremos que en amor
se trueque su indiferencia.)

CAR. (Es todo cuanto deseo;
verla feliz es mi afan.)
(Sigue el juego.)

RAM. (Hablan bajo, ¿qué dirán?
¿Me estará llamando feo?)

MAR. ¡Já, já, já! (Riendo.)

RAM. (Ap.) (¡Calla, se rien!)
Eh, ¿de qué os estais riendo?

MAR. De nada, sigue leyendo.
(Vuelven á reir.)

RAM. (Esas risitas me frien.
Por vida de Belcebú.)

MAR. (Alto á Cárlos.)
Opino, si, opino ..

CAR. ¿Qué?

MAR. Que entre primos el usté
no es natural, tú por tú.

RAM. (Miren la mosquita muerta.
Y el otro á todo se allana:
entrará por la ventana
si vé cerrada la puerta.)

CAR. ¡Que me place!

RAM. (Mire usté,
le place al oficialete.
Me tiene puesto en un brete
aquello de *chimpancé*.)

CAR. y MAR. ¡Já, já! (Riendo.)

RAM. (Risas otra vez ..
Ramoncito, alerta estemos.)
(Se levanta, y vá á colocarse entre Cárlos y Marta.)
Marta, ¿quieres que juguemos
un ratito al ajedrez?

MAR. Te fastidias.

RAM. (Ap.) ¡Qué mordaz!
(Alto.) ¡Como siempre lo deseas!

CAR. Chico, mejor es que leas
y que nos dejes en paz.
Mas si tú quieres... (Á Marta.)

MAR. Yo no.

CAR. Por mi dilo sin rebozo.
RAM (Ap.) Me está cargando este mozo
desde el momento en que entró.
¡Estoy tragando mas hiel!...
CAR. y MAR. (Riendo.)
¡Já, já, já!
RAM. (Ap.) ¡Sigue la risa!
MAR. ¿Volverás?
CAR. Si, tengo prisa.
Voy un instante al cuartel:
adios, chico; adios, primita.
RAM. (Ap.) Respiro, por fin se vá.
CAR. Vuelvo al instante. ¡Já, já! (Váse.)
RAM. (Ap.) Y dále con la risita...

ESCENA VIII.

RAMON y MARTA, sentados en un extremo opuesto.

RAM. Oye, ¿de qué te reias
hace un instante con Cárlos?
MAR. De cosas superficiales:
¡tiene un carácter tan franco!
RAM. (Ap.) Ya le gusta su carácter:
(Gran pausa.)
esto quiere decir algo.
(Alto.)
¡Qué amena conversacion!
MAR. Lee: te distraerás un rato.
RAM. (Ap.) Vamos, no sé qué pensar
de tan repentino cambio.
(Alto.)
¿Quieres jugar?
MAR. ¿Para qué?
Voy á acabar este paño.
RAM. (Aparte.)
¡Señor, tal indiferencia
despues de tantos halagos!
(Alto.)
Dime, ¿estás incomodada?
(Acerca una silla á la de Marta.)
MAR. ¿Yo, por qué?

RAM. Porque he notado
que me tratas con desden:
seré acaso un visionario;
pero sospecho...

MAR. (Ap.) No hay duda,
surte efecto nuestro ensayo.

RAM. ¡Vamos, está cariñosa:
tu Ramon te quiere tanto!
Estar contigo es su afan;
tenerte siempre á su lado.

MAR. Pero ese conmigo eterno
está contigo acabando;
porque es tanta mi pasion
y el amor que te consagro,
que en la calle, en los paseos,
en tertulias, en teatros,
en casa y hasta la mesa
delante de los criados,
si almuerzo, conmigo almuerzas,
conmigo sales si salgo,
en una tienda te paras
conmigo si yo me paro;
si juego, conmigo juegas,
conmigo bailas si bailo;
y un tan eterno conmigo
es conmigo un doble estrago,
para el pobre que á vivir
conmigo está condenado.

RAM. (Ap.) Represalias; las merezco,
soy un topo, un mentecato.
Vamos, nena, sé indulgente, (Alto.)
si no vá á sospechar Cárlos
que los dos nos conducimos
lo mismo que perro y gato.

MAR. ¿Cárlos? ¡Qué jóven tan fino,
tan atento, tan simpático!
dice mas galanterias...

RAM. Mas son flores de soldado,
requiebros de municion
que trascienden siempre á rancho.

MAR. No, no tal, de muy buen género.
Cada vez mas me persuado

de que ha de ser muy feliz
la que se case con Cárlos.

RAM. Marta, no digas tal cosa.
Es el peor descalabro
que puede sufrir mujer
el de comer del Erario.
Y esposa de un subalterno,
siempre en ascensos soñando,
guisada por asistentes,
viviendo en un piso cuarto:
que se origina una marcha,
y que él *pedibus andando*
se vá con el batallon
en tanto que ella en un macho,
asi, á guisa de bagaje,
vá haciendo su itinerario
entre un bombo, un redoblante,
un baul, unos zapatos,
un búxen, un cornetin,
un fusil y un sacatrapos,
con un gran gorro con plumas,
un paraguas, un canario,
unas babuchas de orillo,
unos mitones, un gato.
Ya dormida, ya despierta,
ya subiendo, ya bajando.
Mira si será feliz
la que se case con Cárlos.

MAR. Pero, Ramon, tú exajeras;
esos tiempos ya pasaron.
Ademas, tiene un carácter
tan jovial ese muchacho...

RAM. (Ap.) Y dále con el carácter.
Ya se me está indigestando.

CRIADO. Señorito, en el salon
espera el baron del Pardo.

RAM. El baron. Vuelvo al instante.
Adios, mujercita. (Ap.) Vamos.
No sé qué metamórforsis
en mi mujer se ha operado. (Vase)

ESCENA IX.

MARTA, á poco CÁRLOS.

MAR. Albricias, se me figura
que está celoso Ramon,
y que al fin su indiferencia
vá á convertirse en amor.

CAR. Á los pies de usted, primita.
¿Marchóse ya el tiburon?

MAR. ¡Habla usted de mi marido
con una aspereza!...

CAR. ¿Yo?
¿Cómo quiero usted que hable
de quien causa su dolor?

MAR. Pero es nuestra la victoria:
ya no alza tanto la voz,
y parece mas sumiso...

CAR. ¿Con que baja el diapason?
Entonces es cosa hecha,
solo falta un buen *tableau*,
y desde el lá sostenido
baja el pobre al re bemol.

RAM. (Dentro.)
Sabe usted que esta es su casa.

MAR. ¡Ay, mi marido!

CAR. ¿Ramon?

MAR. Si.

CAR. Pues manos á la obra.
(Se arrodilla.)

MAR. Aqui está ya. (Viendo á Ramon.)

CAR. Pues valor.
¿Hay mortal mas venturoso?
al fin premias mi pasion.

RAM. (Ap.) ¡Ay, válgame san Cornelio!

CAR. (Ap.) Finja usted verle, y *tableau*.
(Alto.) De Madrid huyamos pronto;
deja al feo de Ramon,
y la calma encontraremos
en Chamberí ó el Mogol.
Huyamos sin darle tiempo

á que nos pegue una coz,
y verás cuánto es sublime
de tu Cárlos la pasion.
Si, verás que en el ejército
todo progresa al vapor;
cambióse el amor de chispa
por cariño de piston.

MAR. Si, Cárlos, si, partiremos.

RAM. (Interponiéndose.)
¡Jamás!

MAR. ¡Mi esposo! (Se vá.)

CAR. (Ap.) *Tableau.* (Arrodillado.)

ESCENA X.

RAMON y CÁRLOS.

RAM. ¿Son esas, dí, las palabras
con que me brindaste paz?
¿Ese el lenguaje falaz
con que mi ventura labras?
¿Qué debo esperar ya, dí,
de tu inícuo proceder?
¿Con que te es fiel mi mujer?

CAR. ¿Y eso qué te importa á tí?

RAM. Me gusta. ¿Y el qué dirán
al ver mi honor ultrajado?
Por lo visto tú has pensado
que yo soy un buen don Juan.
¿Cómo la paz se concilia?
¿Cómo manchas de honor lavas?
La sociedad tiene trabas,
tiene lazos la familia.
Y el que con sordo cinismo
se lanza en pos de placeres,
al faltar á sus deberes
falta al mundo y á sí mismo.
La sociedad verá en tí
un germen de corrupcion,
un hombre sin corazon.

CAR. ¿Y eso qué me importa á mí?

RAM. Á juzgar por lo que has dicho

no hay para tí, bien lo veo,
mas razon que tu deseo
ni mas ley que tu capricho.
En suma, responde, dí:
¿qué hacias, quiero saber
á los piés de mi mujer?

CAR. ¿Y eso qué te importa á tí?

RAM. (Fuera de sí.)
Mira, Cárlos, que aqui mismo,
y lo sentiré en el alma,
si llego á perder la calma
voy á romperte el bautismo.
Responde sin vacilar,
tengamos en paz la fiesta.

CAR. ¿Á qué quieres mas respuesta
si la acabas de escuchar?

RAM. ¿Luego es cierta, vive Dios,
tan atroz alevosia?
¿Con tan vil hipocresia
me la pegabais los dos?
¿Pero tu conciencia, dí,
no te advirtió tu imprudencia?

CAR. La conciencia, la conciencia.
Y eso, ¿qué me importa á mí?.
Y aun hay tonto que suspira
por ver ajado su honor,
cuando es mentira el amor
y la conciencia es mentira.
Y mentira, no te asombres,
los dolores, los placeres,
y mentira las mujeres
y mentira hasta los hombres.
En el mundo en cuenta ten
que mienten grande y pequeño;
dicen que la vida es sueño
y yo quiero dormir bien,
sin conseguir que taladre
mi corazon pervertido,
ni la amistad de un marido
ni las lágrimas de un padre.
Todo es farsa, en nada creo;
no para mí, tú lo has dicho,

mas razon que mi capricho
ni mas ley que mi deseo.

RAM. Basta, basta, vive Dios.
Ten tu lengua emponzoñada.
De hoy mas ya no existe nada
de comun entre los dos.
Tú has venido á deshonrarme
con un cinismo sin tasa.
Yo te arrojo de mi casa.

CAR. Y yo no quiero marcharme. (Se sienta.)

RAM. Está bien. ¿Sitio?

CAR. El canal.

RAM. ¿Hora?

CAR. Al instante.

RAM. Corriente.
¿Armas?

CAR. Me es indiferente.

RAM. La pistola.

CAR. Ya vas mal.
Tengo un ojo muy certero
y sucumbirás, es llano.

RAM. Mejor.

CAR. Pues venga esa mano. (Se dan la mano.)
Bien, en el portal te espero. (Váse Ramon.)

ESCENA XI

CÁRLOS, á poco MARTA.

CAR. ¡Já, já, já! pobre Ramon.
La broma es algo pesada;
pero en fin, no importa nada
si logra su curacion.
Mas aqui viene mi prima.

MAR. ¿Le ha visto usted?

CAR. Si; le he hablado,
y está el pobre en un estado
que, francamente, dá grima.
¡Pobre chico, es un dolor!

MAR. ¿Cómo? ¿qué le ha sucedido?

CAR. Señora, que está transido,
que está muriendo de amor.

MAR. ¡Usted siempre tan jovial!
CAR. No, le hablo á usted francamente.
El amor en cierta gente
suele ser perjudicial.
El tifus tiene su crisis
y se llega á dominar,
y muchas veces curar
se logra tambien la tisis.
Pero el amor, es probable
que exista alguna excepcion;
pero, prima, esta afeccion
es casi siempre incurable.
Y es en vano que procure
su agitacion mitigar,
pues si se afana en buscar
un médico que la cure,
de su ignorancia dudoso,
responde tranquilamente
que tiene el pobre paciente
temperamento nervioso.
Y entre tanto, y no con pausa,
la enfermedad le domina;
les nervios en medicina
son un efecto sin causa.
MAR. ¿Con que al fin hemos triunfado?
CAR. Si, señora, hemos vencido;
pero aun hay mas; su marido
de usted me ha desafiado.
MAR. Y usted ¿qué vá á hacer?
CAR. ¿Qué? Nada.
MAR. Yo no puedo consentir...
CAR. Señora, es fuerza fingir
hasta el fin de la jornada.
Tengo estudiado el papel;
no habrá duelo ni fatiga:
mas siga la broma, siga,
no hagamos aqui un pastel.
Usted siempre indiferente,
yo cínico y altanero;
mas él viene: adios, no quiero
que me sorprenda el paciente. (Vase.)

ESCENA XII.

MARTA, sentada. RAMON con un pliego.

RAM. No sé por qué el corazon (Ap.)
me late con tal violencia;
mas me dicta la conciencia
que me asiste la razon.
Allí está; sorda al querer
ya mi entusiasmo no inspira.
Y esa mujer, es mentira,
no me ama ya esa mujer.
Tanto ensueño, tanto afan
de mi ardiente fantasía,
se agostó cual flor de un dia
al soplo del huracan.
MAR. (Ap.) Y ello es preciso fingir.
RAM. (Ap.) Todo para mí ha pasado.
Tan solo un deber sagrado
me resta ya que cumplir.
(Despues de una pausa se acerca á María)
Señora, un año pasó
desde que su fé y su nombre
ante Dios le dió á usté un hombre
que con delirio la amó.
Mil sueños á su pesar
abrigó su mente inquieta,
y la amó como al poeta
tan solo le es dado amar.
Con ese plácido anhelo
que nuestra vida embellece,
con ese amor que la ofrece
hacer de la tierra cielo.
Con ese tierno cariño,
con ese puro querer,
con la fé de una mujer,
con la inocencia de un niño.
Y ella dulce, encantadora,
amaba con ilusion,
y al pintarle su pasion
lloraba siempre, señora.

Si el desprecio en la mujer
mas al hombre incita á amar,
¿cómo habia de dudar
al verla llanto verter?
Por eso al verla tan bella
en sus palabras creí,
y la amé con frenesí
y lloré tambien con ella.
Mas tanto amor, tanto bien
se borró de su memoria;
el final de aquesta historia
le conoce usted tambien.

MAR. (Ap.) Pobrecillo, á mi pesar
me contengo y no le abrazo;
mas no se ha cumplido el plazo
y es fuerza disimular.

RAM. (Ap.) Ni una palabra siquiera.
Estoy de coraje ciego.
(Alto.) Marta, tome usté ese pliego:
si á las cuatro no volviera
puede usté abrirlo. (Ap.) En verdad
que su calma ya me irrita.
(Alto.) En él, señora, vá escrita
mi postrera voluntad. (Con intencion.)
(Ap.) No me entiende.
(Alto.) Señora, adios.
(Ap.) No se dá por entendida.
(Alto.) Es mi postrer despedida.
Adios para siempre.

MAR. (Con indiferencia.) Adios.

RAM. (Ap.) Cuando en pos voy de la muerte
perdon no viene á pedirme. (Incomodado.)
Señora, voy á batirme.

MAR. Dios le dé á usted buena suerte.

RAM. (Ap.) Esa calma criminal
ya mi espíritu exaspera.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y CÁRLOS.

CAR. Ramoncito, nos espera

la pradera del Canal.

MAR. (*Se levanta con fingimiento.*)
¡Cárlos, Ramon!

RAM. Vamos luego.

MAR. No, jamás.

CAR. (*Ap. á Marta.*)
Otro *tableau*.

MAR. Cárlos, no te batas, no,
por nuestro amor te lo ruego.

CAR. Pero el honor...

MAR. ¡El honor;
qué me importa esa palabra,
si ella mi desdicha labra,
si ella me roba tu amor!

CAR. (*Ap. á Marta.*)
Bien, muy bien, siga usté así.

MAR. ¿Quieres que los dos muramos?

CAR. Es imposible. Salgamos.

RAM. Solo un instante: ¡ay de mí!
Ya que en la tierra el amor
como una flor se marchita
y al fondo se precipita
de un abismo de dolor;
si el honor asi se huella,
ese nombre bendecido
y que el mundo ha traducido
por una mentira bella;
si la paz no se concilia,
si en el mundo no hay concordia
y se lleva la discordia
al seno de la familia;
si no hay nada que taladre
un corazon pervertido,
ni la amistad de un marido,
ni las lágrimas de un padre;
si en vano ya se suspira
y se muere de dolor,
porque es mentira el amor
y la amistad es mentira,
¿por qué promesas, por qué
exige la sociedad,
si es mentira su verdad

y es el capricho su fé?
(Á Marta.)
Yo te amé; con rudo encono
tú hiciste trizas mi amor.
Has causado mi dolor;
pero yo, yo te perdono.

MAR. Y si una pobre mujer,
soñando amor y delicias,
de su esposo en las caricias
tan solo hallara placer,
y él su amor desatendiera
y olvidase su cariño,
tratándola como un niño
mira un juguete cualquiera,
¿fuera acaso delinquir
si por recobrar su amor
la infeliz en su dolor
se decidiera á fingir?
Si el desprecio en la mujer
mas al hombre incita á amar,
¿cómo habia de dudar (Llorando.)
al verla llanto verter? (Abrazándola.)

RAM. ¡Marta! ¡Cárlos!

CAR. ¡Ah, Ramon,
por fin colmamos tu afan!
Ya ves, chico, á mi refran
le sobraba la razon.
Tu paz bendigan los cielos.
No temas ningun desliz.
Chico, has vuelto á ser feliz
desde que has tenido celos.

RAM. Si, confieso mi flaqueza.
¿Con que todo fué ficcion?
Entonces caiga el telon,
que ya se acabó la pieza.

FIN DE LA COMEDIA.



